

BOUZIANE SEMMOUD

Universidad de Artois

Crisis y sociedad en Argelia. Introducción a una geografía social de las grandes ciudades

RESUMEN

La heterogeneidad social relativa que caracterizó la sustitución de los europeos por la población argelina, inicialmente poco diferenciada, dio pronto paso, en los años setenta, a una estratificación determinada por cambios estructurales de la economía urbana: extensión del trabajo asalariado, ascenso de la burguesía...

A finales de los años ochenta, la «desalarización» y la liberalización bosquejaron oposiciones sociales y desigualdades que tienden a la fractura. Estas desigualdades marcan profundamente las modalidades de acceso a la vivienda y al suelo urbano, determinando una segregación social cada vez más acusada.

RÉSUMÉ

Crise et société en Algérie. Introduction à une géographie sociale des grandes villes.- L'hétérogénéité sociale relative qui a caractérisé la substitution de la population algérienne, initialement peu différenciée, aux Européens, a vite cédé la place, dans les années soixante dix, à une stratification qu'ont déterminée des changements structurels de l'économie urbaine: salarisation, montée de la bourgeoisie...

Désalarisation et libéralisation ont ensuite, à la fin des années quatre vingt, amorcé des clivages sociaux et des inégalités qui tournent à la fracture. Ces inégalités marquent profondément les modalités

d'accès au logement et au sol urbain, déterminant une ségrégation sociale de plus en plus affirmée.

ABSTRACT

Crisis and society in Algeria. Introduction to a social geography of big cities.- Social relative heterogeneity which characterized the substitution of European by Algerian population, formerly scarcely differentiated, was followed, in the seventies, by a stratification determined by structural changes in urban economy: salaried work extension, promotion of bourgeoisie...

To the end of eighties, desalarization and liberalization outlined social oppositions and inequalities which tend to fracture. These inequalities deeply mark the modes of access to lodging and urban ground, determining a more and more pronounced social segregation.

Palabras clave / Mots clé / Key words

Economía urbana, estructuras socioespaciales, cambios económicos, nuevas desigualdades.

Economie urbaine, structures socio-spatiales, mutations économiques, nouvelles inégalités.

Urban economy, socio-spatial structures, economical changes, new inequalities.

I

PLANTEAMIENTO DE LOS PROBLEMAS: UNA GEOGRAFÍA SOCIAL POR HACER

EN ARGELIA los trabajos que podrían clasificarse bajo la rúbrica geografía social se presentan hoy en forma de análisis de las desigualdades sociales en su re-

lación con el espacio. Su génesis entronca con la evolución general de la disciplina geográfica francesa. Más que en Francia, era en Argelia (y, en menor medida, en las otras colonias francesas) donde la geografía social podía encontrar su terreno favorito. Segregación y desigualdades se repetían a todas las escalas: representación desproporcionada en las diferentes instancias electas,

durante mucho tiempo derecho desigual a la circulación, desigualdades ante la escuela, el trabajo, la salud, desigualdades del derecho a la ciudad con las marginalizaciones que engendran.

Estas desigualdades tuvieron pronto reflejo en los escritos. En un principio, escritos de exclusión y de justificación de la colonización. Otros se marcaban como objetivo llamar la atención sobre los peligros que un exceso de desigualdades representaba para el éxito de la colonización: una exclusión de las poblaciones autóctonas de la propiedad de la tierra llevada demasiado lejos entrañaba irremediabilmente una proletarización o, más frecuentemente, una subproletarización de los campesinos peligrosa para la estabilidad social en un país caracterizado por un desequilibrio demográfico desfavorable a los europeos. Los escritos más próximos a nosotros se sitúan entre la 2ª guerra mundial y la independencia, y traducen la irrupción en la geografía de los «problemas sociales» en tanto que fenómenos que inducen un disfuncionamiento de la sociedad y contra los que cabe luchar o, por lo menos, denunciar. Las desigualdades sociales estaban en el origen de los problemas que afectaban a la agricultura argelina, concretamente su incapacidad para alimentar a la población (DRESCH, 1953); en las ciudades se acompañaban de una más o menos fuerte segregación comunitaria (europeos y musulmanes para decirlo con la terminología del momento) y determinaban unas estructuras y un tejido urbanos desdoblados (PELLETIER, 1959). Prosperidad y miseria se daban la mano con múltiples transiciones (PRENANT, 1956; COQUERY, 1962). Dos sociedades evolucionaban una al lado de la otra, pero sin yuxtaponerse. Sus relaciones dialécticas implicaban el rechazo de la idea de la yuxtaposición de una economía y una sociedad modernas y unas estructuras económicas y sociales tradicionales, a favor de la visión de una sociedad estructurada en clases sociales en la que la masa de la sociedad argelina, formada por subproletarios, estaba bajo «el dominio de la sociedad capitalista sin integrarse en ella» (LACOSTE, 1958). Tenemos aquí la fecunda noción de «marginalización-dominación», antepasada de la muy contemporánea y aparentemente neutra de «exclusión».

Con la independencia, el relevo en las ciudades y en los pueblos rurales de europeos por argelinos pareció tener lugar sin estructuración socioespacial, precisamente porque la sociedad argelina era particularmente uniforme. La fuerte movilidad que la afectó durante la guerra e inmediatamente después de la independencia, y las diferentes evoluciones en las que se vio envuelta, implicaban necesariamente una nueva forma de relación con el

espacio. Existen pocos trabajos sobre este período. En primer lugar, porque la joven geografía argelina está preocupada por los problemas agrarios y sobre todo por las importantes modificaciones de estructuras (Autogestión, Reforma Agraria) que vinculaban Argelia al movimiento de emancipación y desarrollo del Tercer Mundo. Lo que estaba en juego era demasiado importante para no movilizar también a la producción geográfica francesa de la época (MUTIN, 1977; LENORMAND, 1975; COTE, 1979). En todo caso, estos cambios de las relaciones de producción, más allá de la mejora de las condiciones de las poblaciones rurales y de la instauración de nuevas relaciones sociales en el campo, debían transformar radicalmente las relaciones campo-ciudad en el sentido de la atenuación del dominio del primero por la segunda (PRENANT, 1967; BOUMAZA, 1972; SARI, 1978). Indirectamente debían actuar sobre la componente social de la propia ciudad, reduciendo los flujos de migrantes rurales y transformando con el tiempo su calidad. Los escasos trabajos (COQUERY, 1962; BRABANT, 1975; DARBELET, 1974) planteaban los problemas de la integración urbana y, consiguientemente, del cambio social. En el plano social, la ideología dominante basada en un socialismo «específico» con referencia al Islam, que privilegia la *Umma* o comunidad en la que los elementos de solidaridad prevalecen sobre los factores de diferenciación, ocultaba la existencia de clases sociales y aún más sus relaciones antagonistas. Justificaba la búsqueda de una nivelación social y la uniformización de los paisajes tanto urbanos como rurales y de todo modo de consumo: poblados agrícolas de la Revolución Agraria, ciudades dominadas por la vivienda colectiva... El período de las grandes realizaciones (aparato productivo, sistemas de hábitat) vio la expansión de una geografía voluntaria dinámica, a veces excesiva cuando se hacía puramente «técnica». Pero, al permanecer parcialmente fiel a las necesidades de la geografía-conocimiento, esta disciplina, por los numerosos profesionales que ha formado y que tienen a su cargo muchos de los servicios de ordenación, mantiene una visión más humana, menos tecnicista de las relaciones entre el hombre y su espacio. En efecto, estas tendencias de la geografía académica (realizar una obra útil, dotarse de una finalidad práctica) no han ahogado la inquietud persistente de los geógrafos por relacionar evolución económica y cambio social y abarcar las traducciones espaciales que les devuelven inexorablemente al análisis de las nuevas desigualdades.

Los trabajos recientemente llevados a cabo en la universidad de Constantina sobre la geografía de la salud o la geografía electoral (CHERRAD, 1992) y los realizados

en la universidad de Orán sobre la movilidad social y residencial, el acceso a la vivienda y al suelo urbano y sobre la marginalidad y el hábitat popular (PRENANT, SOUIAH, SEMMOUD) reflejan una evolución de las problemáticas de investigación, orientadas durante mucho tiempo hacia los efectos del trabajo, en particular asalariado, sobre las estructuras socioespaciales (BENDJELID, 1976; PRENANT y SEMMOUD, 1979). La crisis multiforme que sacude a Argelia desde los años ochenta confirma, al margen de su carácter político innegable y de su inserción en la marejada de la instalación del nuevo orden económico mundial unipolar, el interés de estas problemáticas. Estas páginas se proponen hacer explícitas las grandes líneas de la crisis social a escala de la nación, que explica el interés suscitado, particularmente en la década de los ochenta, por alcanzar una mejor comprensión de los cambios socioespaciales en las ciudades, sobre todo en las más grandes que son un buen espejo de ella.

La lectura del discurso político revela un reconocimiento precoz de las «disparidades regionales», traducidas en árabe como «diferenciaciones espaciales» (*al farwarik al jihawiya*). En él y en su práctica el Estado se presenta como el agente de corrección de estas disparidades. El discurso es mucho menos explícito a gran escala, particularmente a la de la ciudad, y en los pueblos las diferenciaciones son poco visibles, en todo caso cuando su origen es de orden económico: son otras formas de diferenciación las que intervienen, familiares, de clan, tribales. En lo que respecta a la ciudad, en cierto modo el discurso se fija más en la imagen que en la reducción de los desequilibrios sociales. *La diferenciación socioespacial de la ciudad parece implícitamente más admitida.*

¿Por qué las grandes ciudades? La elección, además de explicarse por las conveniencias del trabajo en equipo (reparto de las escalas espaciales y no de los problemas o los temas), encuentra a mi modo de ver una justificación de relieve: cuanto mayor es una ciudad, más marcadas y visibles en el paisaje son las desigualdades, y más estructurada u organizada es la segregación. Constituyen, a la vez, un objetivo político, por ser las sedes del poder político y administrativo, y un objetivo económico considerable, como consecuencia de la concentración de actividades, de servicios y, por todo ello, de los ingresos. La especulación del suelo se presenta en ellas con la mayor ferocidad, aunque sólo sea porque es donde la demanda es más fuerte y la oferta relativamente más débil, y porque las restricciones del Estado al consumo de tierras agrícolas son más precoces y draco-

CUADRO I. Evolución reciente de la estructura social argelina (%)

	1977	1987	INCREMENTO TOTAL
Obreros	26,70	22,20	+47,20
Empleados	18,02	12,67	+24,50
Peones y temporeros	15,46	16,35	+87,00
Independientes	23,40	18,69	+41,30
Personal intermedio	8,20	14,35	+209,40
Pers. dir. y prof. lib.	2,01	3,61	+216,60
Patrones, empleadores	0,44	1,82	+620,00
Personal en transición	3,22	8,27	+354,00
No declarada	2,48	2,04	+45,30
Total (cifras absolutas)	2.336.972	4.137.736	77

Fuente: Office National des Statistiques.

nianas. Es en las grandes ciudades, particularmente en las metrópolis, donde la constitución de rentas es actualmente más elevada y más rápida y donde las desigualdades sociales están más exacerbadas; no porque la crisis que golpea al conjunto de la sociedad sea en ellas más aguda, sino porque las solidaridades comunitarias han salido peor paradas, hasta el estallido total, y la población conoce más masivamente que en otras partes la aparición o extensión de nuevos tipos de solidaridades y nuevas formas de lucha y de contestación (sindicatos y huelgas, asociaciones, partidos, movilizaciones en la calle, *sahwa* religiosa...).

Tanto en países desarrollados como en países en vías de desarrollo (dejaremos de lado la discusión sobre la validez de los conceptos), *la recomposición social* es una realidad que se impone: captarla es necesario para la comprensión de las sociedades y de sus relaciones con el espacio. En ambos casos, la evolución cuestiona la problemática de las relaciones sociales basada en el antagonismo entre dos clases principales (burguesía y clase obrera), sin integrar la problemática de las estrategias individuales o familiares. Al margen de la internacionalización del capital, el serio retroceso de los efectivos obreros (en la industria y la agricultura), en un caso, y la formidable extensión del sector informal en el otro, junto al crecimiento sin precedentes de las clases medias en ambos casos modifica los términos de la cuestión de las relaciones sociales.

El caso de Argelia procede un poco de las dos evoluciones, pero muy relativamente: ni la duración ni la amplitud de los fenómenos son comparables. La recomposición de la sociedad urbana se relaciona, a la vez, con las migraciones y la movilidad intraurbanas de los hogares y la movilidad social que puede o no acompañarlas.

Es, por ello, inseparable de los mecanismos económicos regionales, nacionales e internacionales, en la medida en que los efectos del ajuste estructural se hacen bruscamente preponderantes.

II

DE LA DESCOLONIZACIÓN A LOS AÑOS SETENTA: DE LA HETEROGENEIDAD A LAS DIFERENCIACIONES EN EL CAMBIO SOCIAL

La naturaleza del capitalismo colonial pronto instalado en Argelia desestructuró unas relaciones particulares campo-ciudad que aseguraban una cierta organización social en ambos medios. Una abundante literatura describe el proceso, se trate del éxodo rural masivo debido a la desposesión y la subproletarización de los *fellahs* (SARI, PRENANT) que arrastró a las masas rurales a las puertas de las ciudades; o, más tarde, de los efectos del desplazamiento forzado, durante la guerra, de tres millones de rurales, de los cuales un tercio acabó recalando en las ciudades, otro constituyó en sus concentraciones (campos o periferias de los antiguos centros) los núcleos de un futuro crecimiento urbano, y el tercio restante regresó a sus pueblos y aldeas. Asimismo, describe la segregación comunitaria, cuyo fundamento era eminente pero no exclusivamente económico. Algunos barrios de obreros y pequeños empleados europeos casi no toleraban cohabitación alguna (St. Pierre en Orán). Se conoce menos el proceso de desclasamiento de la pequeña burguesía tanto rural como urbana, a causa del empobrecimiento de los campos y de la irrupción de una nueva burguesía ligada a las nuevas actividades: manufacturas, transportes. También se sabe menos de las diferenciaciones sociales que atraviesan la sociedad urbana colonial (PELLETIER, COQUERY, PRENANT) y prácticamente nada de las que afectaban a la sociedad argelina. La sociedad urbana colonial parecía estructurada, desde la gran burguesía terrateniente o de negocios al proletariado e incluso al subproletariado y a los marginales (en los *bidonvilles* descritos por Tinthoin no existe segregación entre los marginales), con una traducción física en un hábitat muy diferenciado desde los inmuebles cosidos del centro de la ciudad (calles Michelet y de Isly en Argel, y de Arzew y de Alsace-Lorraine en Orán) y los barrios de pequeños inmuebles acomodados (Hydra en Argel, Les Palmiers en Orán) hasta los viejos centros degradados (La Calère y La Marine en Orán), pasando por los suburbios de obreros, artesanos, pequeños comerciantes y pequeños empleados (Husseïn Dey en Argel, St. Eugène y Delmonte en Orán). Inversamente, la

sociedad urbana argelina apenas está diferenciada porque se compone, mayoritariamente, de subproletarios a semejanza del conjunto de la población (EGRETAUD, 1957; LACOSTE, 1958). Con todo, en Orán, el paisaje urbano y las actividades revelaban el paso de un barrio central (antaoño periférico), construido en duro combinando los pequeños inmuebles de tipo europeo y las casas tradicionales más o menos acomodadas según su localización, y albergando a la población que llegó antes y está mejor integrada —a menudo una pequeña burguesía comercial y de servicios—, a los agregados de chabolas desesperadamente enganchadas al Yebel Murdjajo o los *bidonvilles* apesados en las zonas inundables de los *daiat* donde viven en un hacinamiento excesivo las familias de parados más recientemente llegadas del campo, pasando por las zonas intermedias de hábitat precario y contenido menos homogéneo (El Hamri, Medioni, Víctor Hugo...): obreros de la industria y la construcción, pequeños comerciantes inestables, parados...

Esta estructuración va a resultar muy perturbada por la guerra, aunque menos en la ciudad europea, a pesar de los aportes de población debidos al repliegue de los europeos hacia las ciudades litorales, que en la ciudad argelina, extraordinaria e indiferenciadamente inflada en todos sus componentes.

Es el paroxismo migratorio de la independencia el portador de las grandes conmociones contemporáneas. Es difícil de cuantificar. Las entradas totales entre los censos de 1954 y 1966 están bien evaluadas. Las mayores ciudades recibieron cerca de un millón, es decir, el 54% del conjunto de migrantes, repartidos entre Argel (700.000), Orán y Constantina (100.000 cada una). La parte que corresponde al período 1962-66 se conoce con menos precisión, salvo para la aglomeración de Argel, cuyos límites se corresponden con los de la *daira*: 233.500, o sea la tercera parte de las entradas intercensales, pero el 45,3% del conjunto de las migraciones entre *dairat* en dirección a las ciudades.

En efecto, el censo de 1966 sólo localizó el lugar de residencia de los migrantes en los límites de la *daira*. Ahora bien, las *dairat* de entonces cubrían exactamente (Orán) o con pequeñas diferencias municipales (Constantina, Annaba) el espacio de la *wilaya* actual. Todas las migraciones locales hacia éstas u otras ciudades quedan ocultas. Así, la aglomeración oranesa recibió 72.000 migrantes de fuera de su *daira*, frente a sólo 21.000 en el caso de Constantina y 20.000 en el de Annaba. Argel y Orán solas recibieron cerca de las dos terceras partes de los migrantes hacia las ciudades argelinas a lo largo de este período.

Es en estas dos ciudades donde la sustitución de europeos por argelinos fue evidentemente más masiva. ¿Cómo se produjo? La respuesta a esta pregunta supone abarcar, a la vez, los lugares de despliegue de los recién llegados y la movilidad de los ya implantados en la ciudad o, mejor, en la periferia de la ciudad. Sólo conocemos parcialmente esta movilidad. Ni siquiera el escrutinio de las hojas de los hogares del censo de 1966 resuelve la cuestión a causa de los límites citados más arriba. En efecto, no se puede distinguir a los antiguos ocupantes de la ciudad de los que migraron desde las zonas rurales o las otras ciudades de la *daira*. A falta de cuantificación, múltiples trabajos permiten reconstituir el proceso y las modalidades de sustitución, que no deben ocultar ni la homogeneización comunitaria ni la muy fuerte heterogeneidad social que prevalecía hasta en el interior de un mismo inmueble después de la independencia.

Empecemos por un indicador estadístico. Un cierto número de sectores periféricos (Les Planteurs en Orán) y hasta pericentrales (Medina Yedida en la misma ciudad) perdieron entre el 50 y el 75% de su población de 1960 a 1966. La Alcazaba de Argel no pasaba de los 39.000 habitantes, frente a los 70.000 de 1960. Se trata de la resultante de una desconcentración, por deslizamiento de población de los barrios más superpoblados hacia los sectores abandonados por los europeos u otros barrios argelinos a su vez descongestionados. Se ha evocado muchas veces el esquema clásico de los habitantes de la Alcazaba de Argel rebosando hacia los apartamentos de Bab El Oued, sustituidos por las familias de los *bidonvilles*, a su vez ocupados por rurales recién llegados o regresados tras un breve paso por la ciudad colonial. Es verdad que esta trayectoria es muy esquemática, pero traduce una parte apreciable de la realidad.

La «desagregación» estaba a la medida de la desconcentración y más generalmente de la movilidad. Considerable en Argel y Orán por la importancia del parque inmobiliario liberado, lo es menos en Constantina y otras ciudades menos colonizadas y ya socialmente estructuradas, dotadas de burguesías locales que se anticiparon al éxodo europeo adquiriendo chalets y apartamentos. Durante algunos años apareció de modo muy caricaturesco en el mismo seno de inmuebles centrales de Argel y de Orán. Regularización de alquileres por los poderes públicos y sobre todo transacciones permitieron después un afinado social de los barrios más acomodados y más centrales. *El «reclasmiento» social no pasó, sin embargo, de relativo*, pues los alquileres eran modestos, lo que puede explicar la persistencia, todavía a comienzos de los años noventa, de la he-

terogeneidad social que caracteriza a algunos tejidos urbanos antiguos.

La estructura social de la ciudad seguía globalmente marcada por el predominio del subproletariado, traducido en el censo de 1966 por la generalización del subempleo y la proliferación de las actividades-refugio, aunque se esboce una reestructuración social de la población según los ingresos, que entonces dependen esencialmente del acceso a un empleo permanente que proporcione ingresos regulares. Pese a la modestia de los alquileres, manzanas enteras seguían desocupadas a finales de los años sesenta, en tanto que *bidonvilles* y barrios precarios —sin duda aliviados de una parte de su antigua población— recibían hasta comienzos de los años setenta a recién llegados rurales desarraigados y abocados a la marginalidad.

A partir de finales de los años setenta, intervinieron profundos cambios estructurales que afectaron en primer lugar a las ciudades, por medio de la implantación de los polos de crecimiento.

Trabajo y formación fueron los factores esenciales del cambio social¹ producido en ellas. El paro retrocedía aquí más claramente y caía a veces por debajo del 10%. Así, dejaba de representar el criterio que, junto a la calidad y el grado de equipamiento de las viviendas, permitía definir los niveles de integración o de subintegración de los barrios. La homogeneidad social que el acceso al trabajo asalariado, con la formación para los jóvenes, parecía instaurar conllevaba la génesis de una nueva estratificación social, que resultaba menos de la inmigración² o de la movilidad residencial que de una *movilidad social interna*. Ésta pasaba, desde luego, por la estabilización de las categorías flotantes (subproletarios, temporeros), pero igualmente por una movilidad profesional que hacía de los sectores tradicionales (administración, transportes, viejas industrias, enseñanza) puestos formadores, y por una extensión del trabajo asalariado a las poblaciones jóvenes.

Otro factor, el capital privado constituido a fuerza de transferencias desde el sector público, gracias a una política de precios administrados y a un proteccionismo rígido, había permitido el fortalecimiento de una burgues-

¹ Remito a los numerosos trabajos de evaluación de las acciones de desarrollo llevadas a cabo durante el período: industrialización, reforma agraria, formación, etc.

² La migración hacia las metrópolis se hace más lenta desde la finalización del primer plan cuatrienal (1970-1973) y se inicia incluso un movimiento de redistribución hacia las ciudades medianas y pequeñas donde se localizan nuevas actividades de producción y servicios.

sía industrial a menudo aliada de la «nomenklatura» en el poder, al tiempo que la redistribución de las rentas salariales transformaba, por inducción, a los viejos tenderos, poco diferenciados de los subempleados, en «comerciantes» o «agentes de prestación de servicios», a la vez que incrementaba sus efectivos.

La sociedad urbana se diversificaba y se jerarquizaba. Para ella es una etapa de *integración/diferenciación*. La recomposición socioespacial parecía adherirse, más allá de una relativa heterogeneidad persistente, a la antigua jerarquía basada sólo en el acceso al empleo y la calidad de la vivienda. Los grupos obreros ocupaban mayoritariamente los antiguos sectores periféricos más o menos subintegrados y saturados de paro: Bab El Oued, El Harrach o Hussein Dey en Argel, y V. Hugo, El Hamri y Cité Petit en Orán. En el otro polo, las categorías más acomodadas se reagrupaban en los mejores sectores del centro de la ciudad o en sus antiguas extensiones burguesas: Hydra o El Golf en Argel, y St. Hubert-Les Palmiers y Protin en Orán. Las clases medias (técnicos y profesionales medios y a veces superiores, enseñantes, comerciantes) aparecían como elemento mayor de la heterogeneidad por un momento profundizada por la crisis de la vivienda. Pese a la realización de los primeros conjuntos de hábitat colectivo, el hiato entre estatus social y hábitat era frecuente entonces; y citar el caso de los técnicos del complejo industrial de Annaba que habitaban en los *bidonvilles* no es solamente una caricatura de ello.

III

LA DÉCADA DE LOS OCHENTA: UNA CRISIS SOCIAL SIN PRECEDENTES.

«DESALARIZACIÓN» RAMPANTE Y POBREZA

1. UN VISTAZO A LA TOTALIDAD SOCIAL

Regresión y reorientación de la producción están en la base de esta crisis.

Una idea sigue dominando algunos análisis: la revisión de la política de desarrollo de Argelia e incluso de la organización política se derivaría del hundimiento de los ingresos petroleros a partir de 1986. Sin embargo, el proceso a la industrialización se organizó apenas muerto H. Boumédiène; después, sólo los proyectos industriales ya iniciados fueron llevados a término y a veces al precio de una reducción de las capacidades definidas. Las reestructuraciones empezadas desde 1982 en los sectores industrial y agrícola constituyeron un verdadero desmantelamiento del aparato productivo, concebido como

una etapa hacia la liberalización total. Persegúan, a la vez, debilitar al sector público y librar parcelas de actividad, sobre todo de interés especulativo, a un capital privado con problemas de inversión y deseoso de expandirse. La liberalización de la comercialización de frutas y verduras inauguraba abiertamente este camino. La atomización y la especialización extrema de las empresas por ramo productivo, o según su naturaleza de actividad industrial o comercial, lo hicieron ampliamente posible.

Paralelamente, se llevaba a cabo una política «social» demagógica, caracterizada por la importación masiva de productos de consumo duraderos y no duraderos, las facilidades para la adquisición de divisas y otros privilegios masivos, que confería a los argelinos la ilusión de haber salido del subdesarrollo y hacía de ellos meros consumidores más que productores. También agravaba el endeudamiento del Estado heredado de la fase desarrollista.

Se trata, por consiguiente, de una opción deliberada de retorno al capitalismo, ahora calificado como economía de mercado, mundialmente conquistador, susceptible según muchos analistas de iniciar un desarrollo normal de las fuerzas productivas preferible a la prolongación de un sistema económico que ha engendrado indudablemente corrupción y concentración de privilegios. Argelia no había escapado a la desviación de un socialismo por el sistema del partido único, productor de «nomenklatura» y de clientelismo político reforzado por «solidaridades» de base regional cuando no tribal.

La crisis financiera a partir de 1986 vino a justificar esta reorientación y el abandono de los proyectos «aplazados», y a consagrar la voluntad desintervencionista del Estado, paradójicamente acompañada por un control político más exclusivo de sus resortes (artículo 120 del F.L.N.) y un mayor control social.

Los resultados son conocidos: hundimiento de la producción industrial y deterioro del aparato productivo, orientación de la agricultura hacia producciones especulativas, en perjuicio de las necesidades alimentarias inmediatas, transferencia de las inversiones privadas hacia los negocios, más de importación que de exportación, erigidos en solución mítica a las penurias que corroen el mercado y que en realidad redundan sobre todo en beneficio de las clases acomodadas, extensión del «trabendo»³ tolerado por el Estado y parcialmente controlado por la burguesía comerciante, conver-

³ Término derivado de contrabando utilizado localmente para designar toda actividad comercial ilícita relacionada sobre todo con bienes importados.

CUADRO II. *Expansión del hábitat en las ciudades metrópolis (1975-1987)*

Wilayat de las metrópolis	Zona de hábitat urbano nuevo (hábitat colectivo público)				Parcelaciones (hábitat individual: familiar, de promoción pública o privada)			
	superficie	capacidad	realizadas	en curso	superficie	parcelas	cedidas	acondicionadas
Argel*	823	22.566	7.371	9.325	399	7.443	6.983	3.503
Annaba	1.080	34.942	18.297	3.565	145	20.512	1.205	275
Constantina	916	28.419	9.014	4.899	1.781	31.790	13.501	1.051
Orán	1.068	29.369	15.261	4.789	348	11.426	8.283	16
ARGELIA	21.835	660.142	179.523	1.107.337	23.534	467.619	318.381	57.060

Fuente: Ministerio de Urbanismo y Construcción. 1989. Argel.

* Conviene tener en cuenta las *wilayat* de Boumerdes, Tipasa y Blida, espacios de desconcentración de la *wilaya* de Argel.

tida al islamismo tras haber sido encarnizada partidaria del proteccionismo del Estado autoritario.

A. La «desalarización» de la sociedad

El retroceso del trabajo asalariado no es todavía sensible en los resultados oficiales del censo de 1987, que reflejan a la vez los efectos inducidos de las creaciones de empleo anteriores, el boom relativo del sector de la vivienda y el equipamiento del control administrativo del territorio. Después se confirma (-500.000 entre 1988 y 1991), bajando hasta el 61% de la población ocupada, frente al 70% en 1977 y 1987⁴. Auge del trabajo estacional y del estatuto de auxiliar familiar son, igualmente, características de la evolución reciente del mercado de trabajo. Así, hay, por una parte, 415.000 temporeros en 1991 frente a 279.000 en 1987 —respectivamente 15 y 6,7% de los asalariados— y, por otra, 255.000 auxiliares familiares frente a 107.000.

La «desalarización» tiene lugar por:

– La simple falta de creación de nuevos puestos de trabajo, en primer lugar. A continuación, por la reducción de los medios de pago exteriores que se traduce en la compresión de las importaciones y, por ello, la reducción de las actividades industriales y el paro técnico de asalariados, particularmente en el sector privado y en las actividades de la construcción.

– El estímulo de la jubilación anticipada que por un momento contó con la buena acogida de numerosos trabajadores tentados por el mito de «instalarse por su cuenta» desarrollado durante los años ochenta. En la

agricultura fue la transformación de obreros y técnicos en «cooperativistas», en realidad futuros empresarios.

– Y más recientemente, desde 1992, la destrucción pura y simple de fábricas y otros establecimientos de servicios por los grupos armados integristas.

Todos éstos son modos indirectos de debilitamiento que deberán ceder el paso a otro más masivo y brutal: el que impondría la reestructuración de las empresas públicas con vistas a su privatización parcial o total. Así, los poderes públicos prevén, en el marco del plan de ajuste estructural impuesto por el F.M.I. y aceptado por ellos, la supresión de 600.000 empleos.

Tres son las consecuencias que se derivan: extensión del paro, avance de la terciarización de la economía y retroceso del peso relativo del trabajo asalariado, en particular de los grupos obreros, en la sociedad.

– Cada vez más, la terciarización está separada del aparato productivo y es extravertida. En el transcurso de los años setenta, las creaciones de empleo público afectaban a los servicios de comunicación y de aprovisionamiento del conjunto del territorio, en relación con las necesidades de los nuevos lugares de producción y/o nuevas necesidades de consumo inducidas. En los años ochenta, son sobre todo empleos de gestión y control administrativo. Los empleos terciarios se han triplicado holgadamente entre 1977 y 1987, aumentando hasta 1990 a razón de 80.000 anuales, a expensas, desde luego, de la agricultura, pero también de la industria y de la construcción y las obras públicas, cuyos efectivos retroceden o se estancan. Aquéllos llegan a representar más de la mitad de los empleos en 1992, frente al 30% en 1977, y aún más en las metrópolis: cerca de las tres cuartas partes en Argel y Orán.

– La pérdida de peso de los grupos obreros se refleja, en primer lugar, en su participación en el conjunto de

⁴ La recuperación espectacular del efectivo de asalariados fijos entre 1991 y 1992 (+300.000) resulta inverosímil o, cuando menos, inexplicable.

los asalariados (apenas la mitad frente al 60% en 1977) y en el de la población activa ocupada. Resulta de ello un impacto menor en los conflictos sociales, tanto más cuanto que la autonomización de la U.G.T.A. respecto del poder y del antiguo partido único es reciente, mientras, por otra parte, la nada despreciable implantación de última hora del sindicato islamista en medio obrero prueba que éste ha sido sensible a esta ideología⁵. El retroceso se agudiza por la difuminación de su papel en la producción y en la productividad del trabajo como consecuencia de la caída de la producción: puede citarse el ejemplo de los 20.000 asalariados del complejo de Annaba-El Hajar que sólo produjeron 600.000 Tm en 1992, frente a 1,2 millones en 1984. Por último, su participación en la redistribución de la renta también retrocede tanto en cifras absolutas como en poder adquisitivo.

— El número de parados (más de dos millones en 1995) supera al de obreros, cuando no pasaban de algo más de la mitad a finales de los años setenta (500.000). Pronto serán más numerosos que el conjunto de los asalariados, acelerando el desplazamiento del campo potencial de la contestación social desde la empresa a la calle: movimiento anunciado por las movilizaciones de octubre de 1988 y amplificado por la contestación islamista.

B. Crecimiento de las desigualdades: de la estratificación a las fracturas

La desintervención del Estado argelino ha tomado la forma de una liberalización salvaje a la vez en sus ritmos y en sus modalidades. Los quince últimos años han estado marcados por el paso progresivo *de una sociedad estructurada en proceso de estratificación bajo el efecto directo o indirecto de los asalariados a partir del subproletariado, a una sociedad en proceso de desestructuración y de recomposición*. Con el objetivo de reducir al mínimo la marca del Estado en la sociedad se han adoptado reformas o medidas «incitativas» a la iniciativa privada. Se pueden citar algunas que han actuado desigualmente según el medio considerado, campo o ciudad: la liberalización del acceso a la tierra, la del acceso al suelo que abre la vía a la especulación inmobiliaria y urbanística, la liberación de la especulación sobre el dinar mediante la autorización de las cuentas en divisas, forma de oficialización del «trabendo». Asimismo, la extensión de la corrupción y del desvío de bienes públicos,

antes limitadas a círculos restringidos, es un factor no despreciable de la nueva diferenciación social.

La privatización progresiva de las tierras agrícolas socializadas tiende a favorecer el proceso de concentración. Restituciones a los antiguos propietarios nacionalizados y asignación de tierras «excedentarias» de la reestructuración a los dignatarios y otros clientes del Estado han precedido al arrendamiento total o parcial de los lotes de los nuevos «cooperativistas», incapaces o no interesados en cultivar su tierra, o desfavorecidos por una distribución desigual de los factores de producción del antiguo patrimonio público. Lo que se está produciendo no es otra cosa que un comienzo de concentración a nivel de la explotación que tenderá a extenderse a la propiedad, acompañado de una rápida vuelta a la propiedad absentista urbana, forma clásica de dominación del campo por la ciudad prácticamente eliminada por la autogestión y después por la Reforma Agraria. Esta evolución encuentra su caricatura en el ejemplo de la agricultura capitalista desarrollada en el Sáhara gracias al A.P.F. (Accès à la Propriété Foncière) y destinado teóricamente a la puesta en cultivo de nuevas tierras con vistas a cubrir las necesidades alimentarias crecientes de Argelia (COTE, 1993). Ayudados por el Estado (tierra y agua gratuitas, compras de material subvencionadas) y movidos por el beneficio, los nuevos colonos-granjeros, dignatarios del régimen, empresarios y profesionales liberales originarios de las ciudades del sur o del «gran» norte se entregan a una agricultura depredadora, dilapidando suelos que son a menudo reliquias, alterando y después arruinando la economía de los oasis, culminando así la proletarianización de sus habitantes, sobreexplotando los acuíferos cuya renovación mantenía un equilibrio con los aprovechamientos tradicionales.

A favor de la corriente de desvalorización del trabajo asalariado, los años ochenta significaron, a la vez, un ensanchamiento y un fortalecimiento de estos grupos sociales en acuerdo total para controlar una producción en regresión, incluida la de un sector público en progresiva retirada de los circuitos de distribución, y una actividad de importación de productos de consumo estimulada por el Estado y permitida por el juego de la especulación sobre el dinar, legalizada por la apertura de cuentas-divisas, agotando así definitivamente los recursos de la emigración.

Comienza entonces un drenaje masivo de las rentas de los asalariados y otros trabajadores no capturados por la especulación (pequeños campesinos, artesanos...) hacia ese polo social de privilegiados, así como hacia las empresas públicas «autónomas» que buscan la rentabili-

⁵ De todas formas, el fracaso de la huelga de junio de 1991 reveló el carácter limitado y efímero de esta implantación.

dad menos por la mejora de la productividad que por el inflamiento abusivo de los precios de cesión o venta de sus productos, sin que los asalariados obtengan beneficio alguno de ello. Las devaluaciones sucesivas impuestas por los acuerdos suscritos con el F.M.I., la última de las cuales superaba el 40%, desplazan el umbral de la pobreza y arrastran por pedazos sucesivos a la sociedad a una pobreza que momentáneamente atenúan, en el caso de los menos desprovistos, los bienes adquiridos con antelación (bienes muebles, equipos, coche, vivienda) y, más globalmente, la revivificación de las solidaridades familiares y la extensión de la multiactividad. La tendencia es hacia una fractura de la sociedad entre una minoría ampliada calificada de «negociante», heterogénea y frágil en sus franjas inferiores siempre expuestas al desclasamiento, y una masa de antiguos pobres previamente golpeados (parados, pequeños campesinos, peones, obreros, empleados, viejos y solitarios, especialmente mujeres) y de nuevos pobres hasta hace poco susceptibles de constituir la matriz de las clases medias (técnicos, profesionales, enseñantes, artesanos...). Las relaciones entre los componentes son de sangría y saqueo, no de explotación. La erosión del poder adquisitivo se advierte claramente en la orientación cada vez más exclusiva del presupuesto familiar hacia el consumo alimentario, a su vez progresivamente dominado por los productos de primera necesidad. La malnutrición, que retrocedía hace apenas diez años, ahora gana terreno. La degradación de las condiciones de vida y la lógica mercantil se conjugan como determinantes de la degradación del estado sanitario de la población y el recrudecimiento de epidemias como la tuberculosis y la difteria, de las que se registraron más de 500 casos en 1994, una cota desconocida desde 1965. Cabe preguntarse si la inflexión, en 1989, de la curva, hasta entonces descendente, de la mortalidad y la interrupción del retroceso, también continuo hasta entonces, de la mortalidad infantil no obedecen a las mismas causas.

En resumen, se ha pasado de una fase en la que el trabajo, cualquiera que fuera el nivel de su productividad, era un factor de *integración/estratificación social*, a otra en la que la especulación es un factor de *exclusión/fractura social*.

2. EXPANSIÓN DEL HÁBITAT Y RECOMPOSICIÓN SOCIOESPACIAL DE LAS CIUDADES

Los últimos quince años se han caracterizado por una aceleración de la urbanización: la mitad de las 340

ciudades de 1987 alcanzaron esa condición en el transcurso de la década anterior, elevando la población urbana de 6.715.000 a 10.816.000 habitantes. El crecimiento urbano se concentra principalmente en el estrato de las ciudades pequeñas y medias y menos en el estrato inferior de las grandes ciudades (100.000 a 200.000 habitantes), que representan respectivamente 64,5 y 25% del incremento intercensal. La capital y las tres metrópolis regionales sólo han aportado el 12%, frente al 33% del decenio 1966-1977. Es la consecuencia del debilitamiento de las migraciones ascendentes y de la nueva fuerza de las descendentes y de la generalización de los movimientos interurbanos, una evolución particularmente acentuada en Argelia, pero que se observa también en los otros países del Magreb, sobre todo en Túnez, y en otros países árabes (Egipto).

El saldo migratorio, acusadamente negativo en Argel, casi nulo en Constantina y Annaba, y débilmente positivo en Orán se explica asimismo por una desconcentración urbana local que se traduce en un estallido de la ciudad-matriz y su proyección en los municipios periurbanos, concretamente por la transferencia y el despliegue de actividades y una fuerte expansión del hábitat (figura 1).

Estos datos revelan la amplitud de las realizaciones y de las obras y sugieren la evolución que ha tenido lugar: debilitamiento de la acción del Estado y poderosa intervención de la iniciativa privada.

A la urbanización «demográfica» y al desarrollo de las actividades de los años setenta sucede una diversidad de formas de urbanización chocante: hábitat colectivo a gran escala, seguido de una proliferación de las construcciones individuales. La urbanización voluntaria productora de los grandes conjuntos traduce en sus debilidades los defectos de la planificación urbana, que residen principalmente en el corte entre la elaboración del propio Plan, su realización, que depende de estructuras múltiples y dispersas, y su gestión, que acusa las estrategias divergentes de los distintos actores sociales. Las viviendas construidas resultan, así, muy pocas en relación a las necesidades, el paisaje urbano no cualificado, la articulación con la ciudad mal conseguida y el subequipoamiento técnico y social agudo. La cuestión de la vivienda de las categorías sociales desfavorecidas no ha dejado de plantearse, aunque sea de modo diferido en aquellas ciudades donde el espacio habitable heredado era relativamente apreciable.

Movilidad y prácticas urbanas constituyen dos entradas articuladas para captar la producción del espacio ur-

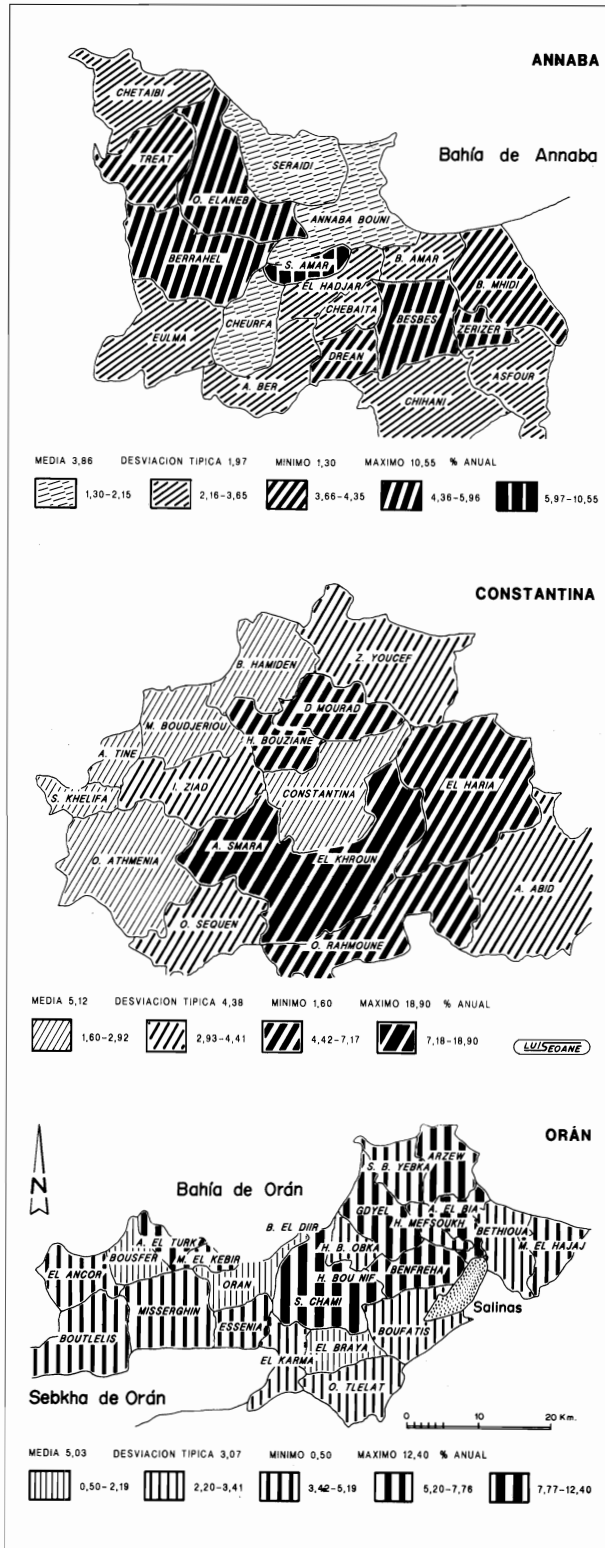


FIG. 1. Evolución reciente de la población en tres wilayat-metrópolis (1977-1987)

bano y, dialécticamente, la inscripción de una sociedad en reestructuración en su seno⁶. Las prácticas sociales revisten dos formas principales:

– Prácticas que los poderes públicos califican como «ilícitas» o «irregulares», porque no obedecen a las reglas establecidas. Comenzaron desarrollándose a causa de las presiones sobre el parque público de viviendas, en particular el de vivienda social, reducido y parcialmente desviado de su función. El Estado se encarga de gestionarlo y lo ha hecho tanto por métodos represivos, como en 1984 (destrucción de hábitat espontáneo y expulsión de las poblaciones a sus *aduares* de origen, es decir, a menudo los de sus abuelos), como a través de soluciones menos expeditivas pero igualmente marginalizantes: realojamiento en «parcelaciones» populares alejadas de la ciudad; en realidad, una simple malla sobre la que los desplazados, instalados provisionalmente en tiendas, debían construirse una vivienda para la que al principio se les proporcionó una ayuda en materiales de construcción pronto interrumpida. Esta movilidad residencial forzada afectó a más de 40.000 habitantes de Argel

– sobre todo a raíz de la operación de renovación del barrio del Hamma y de la realización del Maqam Echahid (monumento a los muertos edificado bajo el régimen de Chadli), a unos 10.000 en Orán y a casi otros tantos en Annaba. Las zonas periféricas hacia las que fueron transferidas estas poblaciones conocían ya la proliferación de un hábitat informal que no ha dejado de seguir extendiéndose. Su contenido demográfico procede tanto de un éxodo rural recientemente relanzado, aunque todavía extremadamente reducido, como de una movilidad residencial perpetuamente alimentada ahora por las nuevas desigualdades del acceso a la vivienda. En las *wilayat*-metrópolis de Argel, Orán y Constantina se contabilizaron respectivamente 10.815, 3.862 y 13.115 construcciones ilícitas en 1988 que, no obstante, apenas representan el 1% del parque de viviendas en las dos primeras.

El Estado «desintervencionista» tolera ahora estos «*aduares*-barrios» e incluso intenta integrarlos en el urbanismo regular adjuntándoles parcelaciones regulares y procediendo a acciones de reestructuración mediante la dotación de equipamientos técnicos y socioculturales.

⁶ Para un análisis de las prácticas de los gestores véase «Planification urbaine en Algérie: planification ou bricolage?» (en prensa), URBAMA, Tours, 1995.

– Prácticas legales y diferenciadas, en la medida en que son inherentes a la estratificación social y a las desiguales capacidades económicas y políticas de los diferentes grupos sociales.

Las modalidades de acceso a la vivienda y al suelo urbanos, caracterizadas por desigualdades cada vez más marcadas (reducción de la vivienda social a su mínima expresión, alquiler con opción a compra erigido en regla, precios libres y por consiguiente excesivos, ajuste de los precios públicos del suelo a los del sector privado), traducen las formas de recomposición social y favorecen la cristalización de las conciencias de clase que las condiciones económicas habían hecho emerger. Tienden a alinear las estructuras socioespaciales de las ciudades argelinas con el modelo de los vecinos magrebíes: desconcentración cada vez más acusada de los centros urbanos (el de Argel pierde población en términos absolutos y el de Orán permanece estancado), donde la vivienda se desespecializa y se aburguesa mediante el descenso de las densidades, a la vez que la segregación funcional y social se afirma cada vez más en los ensanches recientes.

Las prácticas legales o ilegales, cuando no persiguen un fin especulativo, engendran una movilidad pronunciada de los hogares. A causa de los programas de hábitat colectivo y de la congelación del suelo urbano, hasta finales de los años setenta esta práctica afectaba a sectores urbanos limitados y categorías sociales particulares: principalmente a las clases medias integradas en el circuito económico oficial y, secundariamente, a poblaciones damnificadas mayoritariamente de bajos ingresos, o bien a «informales». Con la generalización de las parcelaciones, alcanza, desigualmente, al conjunto de los grupos sociales y de los sectores urbanos, con algunas excepciones en las que el hacinamiento se perpetúa o se agrava.

La desconcentración es general, aunque desigual en sus ritmos y en su amplitud, pero es selectiva y hasta segregativa. Los grandes conjuntos colectivos continúan albergando poblaciones heterogéneas: las primeras generaciones de habitantes pudieron acceder a la vivienda social o a atribuciones por la colectividad local a la que pertenecían: empresas, administración... De ahí que se mezclen profesionales con empleados, obreros o poblaciones damnificadas. Esta heterogeneidad tiende a atenuarse por las restricciones que resultan de las nuevas reglas del mercado y por la movilidad que se desarrolla. La oposición más marcada es la que se establece entre parcelaciones acomodadas y parcelaciones o realojamientos populares, con sus transiciones o sectores relati-

vamente heterogéneos⁷. Los primeros suelen ocupar emplazamientos relativamente favorables, generalmente bien comunicados por las redes de transportes públicos, y en terrenos poco exigentes en gastos de explanación, mientras que los segundos, injertados o no en antiguas aglomeraciones periféricas subintegradas, se extienden a menudo por emplazamientos inundables o accidentados y terrenos consiguientemente difíciles. La segregación social es de rigor.

Ni los estatus sociales ni siquiera los ingresos oficiales dan siempre cuenta de la segregación por el hábitat. Los ingresos informales («trabendo», especulación, corrupción, juego con la tasa de cambio del dinar) explican la promoción «residencial» de pequeños comerciantes, simples funcionarios públicos u obreros emigrados al extranjero. El ascenso social puede haber sido fruto de la especulación con terrenos públicos adquiridos gracias al nepotismo burocrático y revendidos generalmente una vez edificadas. El estatus es sólo una tapadera para una burguesía rentista que emerge. Las prácticas urbanas son, así, en sí mismas factor de nuevas diferencias sociales. Inversamente, en las parcelaciones populares, un esbozo de heterogeneidad relativa se explica por la escasez de terrenos edificables y la concentración en manos de las franjas superiores de las clases medias de terrenos adquiridos o de construcciones iniciadas antes de las devaluaciones recientes por poblaciones de bajos ingresos obligadas a desprenderse de ellos.

CONCLUSIÓN

La transferencia a la periferia del aspecto visible de relaciones sociales en rápida transformación engendra una acusada división social del espacio. Correlativamente hay un afinado social en el interior de la propia ciudad, mediante la sustitución de grupos sociales relativamente heterogéneos por otros cada vez más homogéneos.

La exclusión y la subintegración son el destino de los nuevos barrios periféricos populares, mientras que dentro del perímetro urbano heredado del período colonial se acometió un gran esfuerzo de «desegregación» por el equipamiento escolar, sanitario y administrativo y

⁷ Véase «Ségrégation urbaine en Algérie. Rupture ou continuité», Institut Maghreb-Europe, Université Paris-VIII (en prensa). Igualmente, estudio detallado en SEMMOUD, B. (en prensa): «Mobilité et changement social à Oran. Eléments de géographie sociale d'une métropole», Laboratoire Tiers Monde-Afrique, Université Paris-VII.

de integración por el empleo, el consumo y los transportes colectivos, aunque la calidad de los servicios actuara como nuevo vector de desigualdad. El islamismo ha podido cristalizar la frustración popular engendrada por

estas nuevas desigualdades que resultan de «promociones» a múltiples velocidades, a la vez que la frustración cultural y política de grupos sociales privilegiados pero alejados de los puestos de decisión y de poder.

B I B L I O G R A F Í A

BENDJELID, A., 1976, *Implantations et emplois industriels dans le triangle Skikda-Constantine-Annaba*, thèse de 3^{ème} cycle, Université Paris-I.

BRABANT, J., 1975, «Migrations et intégration urbaine: l'origine géographique de la population d'Oran», 2^{ème} Colloque de Démographie Maghrébine, Oran.

BOUMAZA, N., 1972, *Rapports ville-campagne sur le contact Sersou-Ouarsenis*, thèse de 3^{ème} cycle, Université Paris-VII.

CHERRAD, S.-E., 1992, «Elections municipales et législatives en Algérie. Les scrutins du 12 juin 1990 et du 26 décembre 1991», *Revue Espace Rural* (Montpellier), 30.

COQUERY, M., 1962, «L'extension récente des quartiers musulmans d'Oran», *Bull. Assoc. Géogr. Fran.*, 307-308.

COTE, M., 1979, *Mutations rurales en Algérie. Le cas des hautes plaines de l'Est*, O.P.U., Argel/C.N.R.S., París.

COTE, M., 1993, «Espoirs et menaces sur le Sahara algérien: les formes récentes de mise en valeur agricole», *Cahiers d'URBAMA*, 8, 11-28.

DARBELET, Ph., 1974, *Essai de restructuration du centre d'Alger en quartiers*, thèse de 3^{ème} cycle, Université de Strasbourg.

DRESCH, J., 1953, «Aspects nouveaux de l'Afrique du Nord», *Annales de Géographie*, LXII, págs. 37-56.

EGRETAUD, M., 1957, *Réalité de la nation algérienne*, Ed. Sociales, Coll. «Problèmes», París.

LACOSTE, Y., 1958, «La misère du peuple algérien», *La Pensée*, 78.

LENORMAND, P., 1975, *Les transformations des campagnes dans le Djebel Tessala et ses piémonts*, thèse de 3^{ème} cycle, 2 vols., Université Paris-VIII-Vincennes.

MUTIN, G., 1977, *La Mitidja, décolonisation et espace géographique*, O.P.U.-C.N.R.S., Argel-París.

PELLETIER, J., 1959, *Alger 1955. Essai d'une géographie sociale*, Les Belles Lettres, París.

PRENANT, A., 1956, «Questions de structure urbaine dans trois faubourgs de Sidi Bel Abbès», *Bull. Assoc. Géogr. Fran.*, págs. 62-72.

PRENANT, A., 1967, «La propriété foncière des citadins dans les régions de Tlemcen et Sidi Bel Abbès», *Annales Algériennes de Géographie*, 3.

PRENANT, A. y SEMMOUD, B., 1979, monográfico «Industrie», *Cahiers Géographiques de l'Ouest* (Oran).

SARI, D., 1978, *La dépossession des fellahs*, SNED, Argel.